

Engracia Domingo García *in memoriam** († 1-7-1996)

Es un honor para mí, aunque no alegre, abrir estas *VI Jornadas de Filología Clásica* presentándoles un sucinto perfil académico y humano de la persona a quien están dedicadas, nuestra recientemente desaparecida compañera la Prof. Engracia Domingo García.

Nació en Palencia el 10 de marzo de 1930 y en el Instituto Jorge Manrique de esa ciudad cursó aquel excelente Bachillerato, añorado por muchos, del que, por lo visto, se salía sabiendo tanto latín como los actuales licenciados. Luego, ya en Salamanca, estudió la especialidad de Filología Clásica y se licenció en 1953 con la calificación de Sobresaliente. Ese mismo año obtuvo beca para seguir los cursos de verano en Bonn.

Al año siguiente, empezó su andadura profesional vinculada a la Universidad de Salamanca como Profesora Ayudante de clases prácticas de Lengua Griega, trabajando con Antonio Tovar en el *Catalogus codicum graecorum Universitatis Salamantinae*, y obtuvo una Beca para proseguir estudios de Filología Clásica y

* Texto leído en las *VI Jornadas de Filología Clásica* (Oviedo, 8-10 de abril de 1997), organizadas por la Delegación de Oviedo de la Sociedad Española de Estudios Clásicos y el Depto. de Filología Clásica y Románica de la Universidad de Oviedo y dedicadas este año a su memoria.

Filología Alemana en la Universidad de Colonia. En 1957 presentó su tesis doctoral *La responsión estrófica en Aristófanes*, dirigida por su maestro, el Prof. Martín S. Ruipérez con la que obtuvo la calificación de Sobresaliente *cum laude*.

Hasta 1961 fue Profesora Adjunta de Filología Griega en la Universidad de Salamanca. Ese año pasó a la Enseñanza Media al ganar por oposición libre la Cátedra de Griego del Instituto Jovellanos de Gijón, del que fue Jefe de Estudios. Diez años más tarde se trasladó a la del Instituto Leopoldo Alas «Clarín» de Oviedo. De ambos centros llegó a ser Vicedirectora.

Entre 1974 y 1982 fue Jefe de Investigación del ICE, a cuyo frente promovió y colaboró en diversas investigaciones y Cursos.

Finalmente, en 1981 quedó adscrita a la por entonces Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo, como Profesora Adjunta, luego Profesora Titular, de Filología Griega, hasta su jubilación voluntaria, al término del curso 1994/95.

Yo conocí a Engracia, a Gachu, como la llamaban sus amigos cariñosamente, un día especial y difícil de olvidar: era mi primer día de estudiante en la Universidad, mi primera clase en las aulas y ella mi primera profesora universitaria. La vi entrar en el aula por aquella puerta del viejo edificio de Feijoo como una diosa del Olimpo: altísima, natural, delicada, con uno de aquellos largos abrigos de piel que tanto le gustaban... Al principio, los alumnos estábamos asustados, unos de otros, todos de ella, pero ella, curtida y con muchas tablas, fue ganando poco a poco nuestro ánimo, con su hablar tranquilo y sereno, y disipando los horrores. Al final de la sesión la encontraba maternal, afable.

Esa afabilidad y talante maternal fue quizás una de sus cualidades docentes más características; para ella sus alumnos eran como los hijos que no tuvo, como una familia: nos conocía bien,

más de lo que nosotros sospechábamos como alumnos; sabía lo que podía esperar de cada uno, lo que cada uno podía dar... y lo exigía. Porque ella, como una madre a sus hijos, lo daba todo y se entregaba toda: lo mismo explicaba si era preciso el alfabeto que las laringales; lo mismo el funcionamiento del artículo que el de las subordinadas condicionales. Y en sus clases se podía hablar y opinar de todo lo que naciera del texto: igual de la Guerra del Peloponeso que de crítica textual; de religión que de homosexualidad... Notábamos que le interesaba y preocupaba nuestra formación. De ahí que ante el resultado de los temidos exámenes, que con ella nunca resultaban fáciles, sufriera más, mostrara más enfado y disgusto ella como profesora que quienes no alcanzaban el suspirado aprobado o la nota deseada. Esa era la grandeza de su magisterio: el saber mostrarse tanto profesora cuanto persona.

Otra cualidad, más académica, de sus enseñanzas era su inevitable espíritu práctico. Lo que más le importaba a ella eran los textos por encima de los problemas que planteaban: dar a conocer y hacer comprender la compleja morfología griega era su objetivo primordial en el difícil curso de primero que impartió durante años en esta Facultad; quería hacerlo muy bien, porque tenía prisa por empezar a traducir sobre una base sólida y uniforme para toda la clase. Al final del curso todos teníamos, más o menos, bien amueblada esa morfología en nuestra mente y ya habíamos traducido un buen número de textos de la inseparable Antología Griega de Adrados. Del mismo modo, ese espíritu práctico impregnaba de sentido sus clases de sintaxis en la Lingüística Griega de quinto: conocía los problemas de la sintaxis griega y las teorías a que daban lugar; pero, sobre todo éstas, las teorías, nos las explicaba, por así decirlo, cansinamente, casi con resignación, como sin creerse demasiado lo que contaba. Su mejor receta para un buen comentario de texto con vistas a las oposiciones, seguía siendo la gramática tradicional, con sus viejas y denostadas etiquetas, pero tan llenas de posibilidades; en defensa de su actitud se agarraba, paradójicamente, a una frase

que ella atribuía a su maestro, el Prof. Ruipérez, un estructuralista y uno de los gramáticos de quien más hablaba en sus clases: «las teorías pasan, los hechos quedan».

Eran esas unas cualidades que había adquirido en su larga carrera como Profesora de Griego, primero en la Universidad de Salamanca, al lado de sus maestros, luego en el prestigioso Instituto Jovellanos de Gijón, de cuya vida cultural tanto participaba, después en un ambiente quizá de menor *pedigree*, en su destino de Oviedo, en cuya Universidad termina su carrera. Esas cualidades sabía aprovecharlas ella con las miras puestas en un ideal, el suyo como docente: ofrecer la mejor enseñanza, difundir la cultura entre quienes, por encima de sus posibilidades económicas y su condición social, lo desearan y se hicieran acreedores de ello. En unos tiempos como los suyos, en que el mérito y la capacidad no siempre eran independientes de la posición social y económica, tal ideal podía resultar incluso revolucionario.

De su dilatada labor docente queda la llama de las muchas generaciones de alumnos que pasamos por sus manos y que guardamos de ella agradecido recuerdo.

Su manera de ser estaba marcada en lo más hondo por su entorno familiar y su procedencia castellana. De esta última, de Palencia y, sobre todo, de Salamanca, le había quedado un carácter típicamente meseteño, claro, franco, austero, muy refinado, muy de ciudad, al que causaba sonrisa, ya en Gijón, el carácter típicamente asturiano, espontáneo, abierto... «grandón». Siempre contaba con gracia, y como prueba de su urbanidad, la risa que, en cierta excursión campestre, había provocado a sus compañeros cuando, al ver unas codornices, había exclamado: «¡Mirad, unos pollos silvestres!»... por no hablar de sus primeros y simpáticos tropiezos con el bable.

Por otro lado, pese a haber nacido en el seno de una familia muy numerosa, había gozado en ella, por su delicado estado de salud, de unos ciertos cuidados especiales, de unos, por así

decirlo, mimos extra, por parte de todos, que ella siempre agradecía, incluso en los últimos años de su vida, como una presencia de la infancia y juventud. En este sentido, recuerdo que cuando organizábamos alguna cena en el Departamento ella nunca se inscribía para asistir: decía que le sentaban mal las cenas de restaurante. Entonces yo, como promotor de tales eventos, acudía a su despacho; me recibía siempre con una sonrisa de oreja a oreja, como si me estuviera esperando; al final, tras unos pocos halagos y unas pocas palabras lisonjeras, se dejaba llevar a cualquier parte.

Pero debajo de esa delicadeza, de esa fragilidad que emanaba de su figura, se escondía la poderosa personalidad de una mujer fuerte y luchadora que, en unos tiempos difíciles para la juventud de su generación, pero especialmente para la mujer, había sido capaz de rebelarse, como una nueva Antígona, como una feminista *avant la lettre*, contra la arbitrariedad y las reglas que imponía una sociedad fundamentalmente pensada para el hombre. Era una mujer independiente, y para lograr la independencia que ella disfrutaba era precisa la educación, la cultura. Nada le molestaba más que el que la trataran como a una ignorante o que tratar con quien pecaba de *hybris*. A este respecto, solía contar sus experiencias con los médicos que se enfundaban en sus abstrusas jergas; ella les hacía saber que era Catedrática de Griego y que con ella no valían las oscuridades terminológicas.

Su investigación estuvo muy condicionada por su preocupación docente, por una parte, y por el deseo de mostrar la viveza con que Grecia seguía despierta en las manifestaciones culturales de occidente, por otra. De lo primero son sobrada prueba las numerosas reuniones científicas y pedagógicas que coordinó o dirigió desde su cargo en el ICE, o las publicaciones que buscan la aplicación de principios metodológicos o didácticos al griego. Lo segundo se percibe bien en artículos como «El mito de Teseo a través de la literatura» o en «Aún sobre

Antígona», donde estudia la influencia que esos temas han ejercido a través de los tiempos en las distintas literaturas europeas; un intento de mostrar y de enseñar el alma griega enriquecida con la autoridad y las aportaciones de los espíritus más insignes del pasado y del presente.

Las obras de Engracia, superada la primera etapa «lingüística» con su excepcional análisis de la métrica de Aristófanes, fruto de la influencia ejercida por su maestro, el Prof. Ruipérez, están impregnadas del sentimiento humilde de ser un eslabón más en la cadena del conocimiento. No era investigadora de ideas geniales, lo era del estudio, del conocimiento, del descubrimiento a base de lecturas y esfuerzo. Ella trabajaba para los demás y siempre le interesaba y valoraba lo que los demás escribían; y si podía aportar algo lo aportaba. En relación con esto, me atrevería a destacar uno de sus, a mi entender, más importantes contribuciones, «En torno a Melibea». En ella ofrecía a sus colegas de literatura española nada menos que la clave del tema que Fernando de Rojas hizo inmortal: un comentario de Servio que ella remontaba a una novela griega perdida. Pero lo hacía sin soberbia, con la sencillez de quien consideraba «necesario divulgar una información —decía— que, asequible a cualquiera que se moleste en buscarla, nos es más fácil conocerla a los que tenemos acceso directo a las fuentes originarias».

Por último, creo que hay otra característica en sus obras, sobre todo de los últimos tiempos, en que se plasma otra faceta de su personalidad, hasta ahora no mencionada: su religiosidad. En efecto, aquella gran independencia suya le permitía de paso abrigar una intensa vida interior. Era una mujer de sólidas creencias cristianas. Desde su juventud había militado en movimientos católicos, con los que nunca perdió el vínculo; colaboraba, además, con organizaciones humanitarias en pro de los más desfavorecidos de nuestro país y de otros de los del Tercer Mundo.

Pero mantener esa religiosidad suya, que no era beatería, no había sido siempre una senda gratificante, como ella misma

escribía: «No fue fácil ser joven en los años cincuenta, no. Algunos, los más inconformistas con la actitud de nuestra iglesia nacional, vivíamos en el más absoluto desarraigo, aunque no cortáramos de raíz con nuestras por otra parte firmes creencias. Más tarde, pocos años después, pero ¡qué largos!, el Concilio Vaticano II vino a poner las cosas en su sitio, con gran alborozo de todos los que habíamos sufrido la intransigencia de los medios eclesiásticos y con gran rechazo por parte del sector más integrista de la sociedad española». En esas palabras, no exentas de una cierta ironía, renacía en la Engracia de los últimos años, la Antígona que llevaba dentro y que luchaba contra la arbitrariedad y el inmovilismo. Según ella, lo que fallaba en la España de postguerra era que «se defendía una concepción del hombre completamente desnaturalizada». Y en esa concepción del hombre, como ser transcendental, que durante tantos años de su vida buscó, consistía en esencia la religiosidad a que me refería. Una religiosidad plena de fe crítica, pero teñida de humanismo.

Cuando creyó encontrar al hombre, reclamó su derecho a darlo a conocer, por encima de la ciencia y de la doctrina cristiana, y publicó «La complejidad del hombre». Ese trabajo era como la síntesis de muchas lecturas, de muchas reflexiones; pero también de su quehacer filológico, de su helenismo, pues es precisamente en los griegos, en los cristianos griegos, donde ella encuentra el desarrollo del concepto de *pneuma*, el espíritu humano que diferencia al hombre del resto de seres vivos, diferente del alma, como entidad puramente física, y, por supuesto, del cuerpo. Resultaba así que el hombre, pese al cristianismo católico, era un ser tridimensional, no bidimensional, como sostenía la tradición filosófico-religiosa de Occidente. Y ese era su hombre; un hombre descubierto hacía muchos siglos en griego, pero al que el capricho de la jerarquía eclesiástica había quitado su esencia.

Poco después decidió jubilarse. Quería apartarse de la Universidad que tanto le exigía para leer y pensar en el hombre. También tenía proyectos ligados a su militancia activa en favor de

los pobres. Recibió un merecido homenaje de este Departamento al que, justo es decirlo, todos sus miembros asistieron: prueba inequívoca de la estima en que era tenida. Algunos la vimos entonces por última vez, emocionada pero entera, muy suya, natural, incómoda en su papel de protagonista.

Sólo unos meses después llegó la triste noticia. Para nosotros fue inesperada; para ella, por el modo en que se produjo, en la inconsciencia, a buen seguro una traición: su temperamento no podría aceptarlo de otro modo. Pero si todo no queda, no todo pasa: en el tiempo queda su magisterio, del que algunos de los que aquí estamos somos primer exponente; en nuestra mente, su ejemplo; en nuestras manos, su obra; y en nuestros corazones el recuerdo y la impronta de una persona que más que una mujer al uso que sabía su doctrina, fue, en el buen sentido de la palabra, buena.

PEDRO MANUEL SUÁREZ MARTÍNEZ
Universidad de Oviedo

Bibliografía

- Domingo García, Engracia, *La Responsión estrófica en Aristófanes* (tesis d.), Salamanca, Univ. de Salamanca, S. P. e Inter. Científico, 1975. 154 p. (Acta Salmanticensia. Filosofía y letras; 87).
- «Santa Catalina de Alejandría», *Memoria del Instituto Jovellanos de Gijón*, 1962.
- «El estudiante y su formación», *Horizonte astur*, 1964.
- «Los jóvenes iracundos y nosotros», *Horizonte astur*, 1966.
- «En torno al Proyecto de Ley de Educación», *Memoria del Instituto Jovellanos de Gijón*, 1970.
- «El hombre de hoy y sus contradicciones», *Horizonte astur*, 1971.
- «No perdono a la vida desatenta», *Revista del Instituto L. Alas 'Clarín' de Oviedo*, 1972.
- «Nicanor Piñole y el tiempo», *Revista del Instituto L. Alas, 'Clarín' de Oviedo*, 1973.
- «Grecia y la ciencia contemporánea», *Genethliakon Isidorianum*. Salamanca, Univ. Pontificia de Salamanca, 1975, pp. 117-133 (Biblioteca Salmanticensis XIII. Estudios; 11).
- «Relaciones interdisciplinares de las materias clásicas», *La enseñanza del Latín y el Griego en el BUP-COU: II Simposio Nacional de Estudios Clásicos*, Oviedo, Univ., 1976 Oviedo, Univ. ICE; S. E. E. C., 1978, pp. 1-19.
- «Bibliografía fundamental para el estudio de la Lengua y Cultura Griega», *Aula Abierta*, XV, septiembre 1976, pp. 54-57.
- «Programación interdisciplinar en el Área lingüística del BUP», *Aula Abierta*, XXXII, mayo 1981, pp. 88-96.
- «El mito de Teseo en la literatura», *Archivum*, XXXIII, 1983, pp. 217-250.
- «La doble articulación en griego», *Aula Abierta*, XLI-XLII, diciembre 1984, pp. 163-195. En *Aula Abierta*, revista del ICE de la Universidad de Oviedo, la Prof. Dña. Engracia Domingo publicó, a lo largo de los años de su adscripción a él, numerosos informes, reseñas de libros, así como artículos de contenido educativo, docente, etc.

-
- «En torno a Melibea», *Homenaje a Álvaro Galmés de Fuentes*, Vol. III. Madrid, Gredos, 1987, pp. 403-419.
 - «El "pneûma" como inspiración», *Estudios sobre Plutarco*, Madrid, 1994, pp. 51-56.
 - «La complejidad del hombre: sôma - psykhé - pneûma», *Helmantica*, 136-38, v. XLV, 1994, pp. 65-79.
 - (coord.), *Motivaciones de Estudios Profesionales al final de los Estudios Medios* (ed.), Oviedo, ICE, División de Investigación, 1976.
 - (coord.), *Vocabulario Básico del español y sus aplicaciones a la enseñanza I* (ed.), 3 vols. Oviedo, ICE, División de Investigación, 1977.
 - (codir.), *Vocabulario Básico del español y sus aplicaciones a la enseñanza II* (ed.), 1 vol. Oviedo, ICE, División de Investigación, 1978.
 - (coord.), *Diseño de un Programa de Educación Compensatoria en función de los determinantes del rendimiento en el Primer Ciclo de EGB*, (ed.), Oviedo, ICE, División de Investigación, 1979.
 - (coord.), *Bases para una ordenación de la Autonomía académico-docente de la Institución universitaria española* (ed.), Oviedo, ICE, División de Investigación (en prensa).
 - (coord.) «Aplicaciones didácticas en EGB de la Investigación del español y sus aplicaciones a la enseñanza», *Vocabulario Básico...* (ed.), Oviedo, ICE, División de Investigación, 1980.
 - (coord.) *Jornadas de actualización científica y pedagógica en Filología Clásica*, Edición y presentación de Engracia Domingo García. Oviedo, ICE, 1984.